

## RUMANÍA

### COMENTARIO GENERAL

---

#### **Situación política, económica y social**

La situación política en Rumanía ha estado determinada durante todo el mes de noviembre por la celebración de la primera ronda de las elecciones presidenciales, con el trasfondo de la crisis económica, pero sin que ninguno de los candidatos se hayan permitido la menor concesión o comentario al respecto.

En efecto, los medios han destacado que con la campaña electoral en plena efervescencia, Rumania parece no estar afectada por crisis económica alguna. Los comentarios de carácter económico, financiero o social parecen haber desaparecido de las pantallas de TV y de todos los medios de comunicación. La Política parece haber absorbido absolutamente la mente de los rumanos, como si las dificultades para pagar el préstamo bancario, los recibos corrientes o el seguro del coche hubieran desaparecido de repente.

Los representantes del mundo empresarial financiero, por boca del Presidente de la Asociación rumana de hombres de negocio, Florin Pogonaru, han hecho notar que la ausencia de la palabra “crisis” es el principal reproche que puede hacerse a los discursos de los candidatos que protagonizan estas elecciones. Pero tras la segunda ronda de las elecciones presidenciales, que con toda seguridad tendrá lugar en el mes de diciembre, Rumania se verá obligada a volver a enfrentarse a los problemas reales.

Sobre ellos, volveremos más adelante. De momento, el protagonista de la situación es la campaña y sólo la campaña electoral. Tras la celebración de la primera vuelta electoral, las expectativas se han cumplido en mayor o menor medida, dejando a los dos principales candidatos, el actual Presidente, Traian Basescu (PDL) y el líder de la oposición, Mircea Geoana (PSD) dispuestos a enfrentarse en la segunda vuelta. Con un 32,5 % de los sufragios, Traian Basescu obtuvo la victoria electoral por delante de Mircea Geoana, con un 30,7%. La sorpresa la dio, sin embargo, el líder del PNL, Crin Antonescu, que obtuvo más de un 22% de los votos, lo que no le permitió pasar a la segunda vuelta, pero le situó en una posición muy ventajosa respecto a futuros pactos políticos.

El primero no se ha hecho esperar. Desoyendo las declaraciones del Presidente Basescu, quien señaló que el pueblo rumano se había decantado ideológicamente por el “centro derecha”, en clara alusión a la posibilidad de una alianza estratégica entre PDL y PNL, el líder de este último anunció la firma de un acuerdo con el PSD para vencer a Basescu. En dicho Acuerdo, Antonescu se compromete a apoyar la candidatura de Mircea Geoana en la segunda vuelta electoral, con la condición de que de salir elegido, el nuevo presidente proponga a Klaus Iohannis como Primer Ministro. Geoana se ha apresurado a aceptar y todo parece indicar que la victoria de Basescu, lejos de aliviar el aislamiento político al que le tiene sometido el bloque mayoritario de la oposición parlamentaria desde la ruptura de la coalición, se agudiza frente a la segunda vuelta electoral.

Sin embargo, el apoyo decidido de Antonescu no significa bajo ningún concepto que el 22% obtenido en la primera vuelta vaya a ser transferido automáticamente al “debe” de Geoana. Está por ver si los votantes del PNL aceptarán dar su voto al líder de un partido que, para muchos, sigue satanizado con la etiqueta post comunista encarnada por Ion Iliescu, Presidente honorario del PSD, que a pesar de lo que puedan opinar los Tribunales de Justicia, se le sigue considerando el principal responsable de la “minerada” el movimiento de mineros que a principios de los 90 invadió Bucarest para sofocar con violencia las protestas de de estudiantes e intelectuales contra su inmovilismo.

Lo que está cada vez más claro es que, frente a lo que se ha venido pensando hasta el momento, la segunda vuelta de las elecciones presidenciales no va a contribuir demasiado a aclarar la crisis política.

Varios pueden ser los escenarios en que se encuentre el país tras las elecciones de l 6 de diciembre. Una victoria del candidato del PSD obligaría a la formación de un Gobierno presidido por Klaus Iohannis, alcalde independiente de Sibiu, en el que la oposición contra Basescu ha cifrado sus esperanzas de estabilidad y gobernabilidad del país. Es muy probable que la investidura de Iohannis permita alcanzar dicha estabilidad a corto plazo, el necesario para formar un gobierno que sea capaz de presentar unos presupuestos al Parlamento que cumplan las condiciones de un déficit máximo de 5,9% exigidos por el FMI para liberar el tercer tramo del préstamo de 20.000 millones de euros que actualmente mantiene bloqueado.

Sin embargo, las condiciones del FMI, como se sabe, van más allá, y exigen una serie de reformas que no sólo garanticen ese límite, sino que vayan a una política de austeridad, contención del gasto y reducción del sector público. El gobierno anterior, con el apoyo de un 80% del Parlamento dispuso de más de nueve meses para llevar a cabo dichas reformas sin conseguirlo. En unos casos por tropezar con cuestiones de inconstitucionalidad, y en otros por la resistencia de los interlocutores sociales y las protestas de los trabajadores. Está por ver si un gobierno en medio de la tensión de dos formaciones de naturaleza tan antagónica como PSD y PNL, una vez desaparecido el “leit motiv” que lo vio nacer, es decir la razón de la alianza “anti-Basescu”, sería capaz de sobrevivir y llevar a cabo las reformas que debe acometer en medio de una crisis cada vez mayor.

El otro escenario posible es el de una victoria de Basescu y la consiguiente revalidación de su Presidencia. En este caso, la situación habrá retrocedido tres meses atrás, pues no es de esperar que la hipotética victoria se produzca con un margen demasiado elevado. La correlación de fuerzas sería la misma en el Parlamento, y la misma imposibilidad demostrada de obtener la investidura de un candidato a Primer Ministro en el pasado, se mantendría tras la victoria electoral, pues es impensable que a estas alturas, Basescu fuera a plegarse a aceptar la solución del bloque de la oposición y encargar a Iohannis la formación de gobierno. Tampoco la convocatoria de elecciones generales iba a arrojar luz sobre la situación, pues lo más probable es que los resultados no hicieran sino confirmar la situación actual, incrementando la irritación, la desconfianza y la decepción del electorado.

Sólo un compromiso con el PNL, capaz de romper el bloque de la oposición parlamentaria podría abrir una ventana de esperanza a una salida política a la situación. Ahora bien, un compromiso con el PNL puede ocasionar no sólo la ruptura del bloque de la oposición parlamentaria, sino la del propio PNL. Semejante ruptura beneficiaría a Basescu por partida doble, pues además de obtener los votos necesarios para la investidura del Primer Ministro, desactivaría un partido ideológicamente afín que le disputa su propio electorado y que ha obtenido una fuerza sin precedentes en los últimos tiempos.

Por parte del PNL, podría contar para ello con la figura de Calin Popescu Tariceanu, antiguo líder del partido, que fue Primer Ministro en la anterior coalición PDL-PNL. Pero para ello, haría falta bastante más mano izquierda que la que ha demostrado tener Basescu. Y más inclinación al compromiso. De hecho, el enfrentamiento entre ambos líderes fue lo que dio al traste con el experimento de la coalición mucho antes de la terminación natural del mandato electoral de la misma, y lo que permitió a Tariceanu gobernar en solitario con el apoyo de la oposición (PSD) hasta las elecciones del 2008.

Bien es cierto que el resultado de dichas elecciones ocasionó el ostracismo político de Tariceanu, obligándole a ceder el liderazgo a Crin Antonescu. En este sentido, el momento del desquite podría llegar bajo la forma de una oferta política de Basescu para entrar en un gobierno con el PDL, oferta que sería difícil de aceptar para Antonescu, demasiado comprometido con el PSD y con Geoana en particular, pero más asequible para el propio Tariceanu. Pero dicha oferta tendría que ser realmente tentadora, como para justificar incluso el riesgo de una ruptura del PNL.

Los resultados de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales no parece que vayan a mejorar la situación, al menos a corto y medio plazo, pero el país muy pronto tendrá que volver a enfrentarse con la realidad.

Esta tendencia a ignorar la crisis ha costado ya al país durante este año un crecimiento negativo del 8%, un déficit presupuestario superior al 7% del PIB, la mayor tasa de inflación de la Unión europea (superior al 5%) y una tasa de desempleo cercana ya al 10%. Al mismo tiempo, las inversiones están bajo mínimos y la captación de los fondos comunitarios asignados a Rumanía por la Comisión no ha superado la tasa del 5%.

Para el 2010, se prevé una situación socialmente conflictiva. Parece evidente que la congelación de plantillas en el Sector Público no será suficiente para aliviar la carga de presión del mismo sobre el Presupuesto. Se imponen despidos masivos. Otros generadores de empleo, como los Ferrocarriles prevén deshacerse de más de diez mil empleados en los dos primeros meses del año, aunque esta será sólo una primera medida de urgencia seguida por otras del mismo tenor. El Estado necesitará desesperadamente incrementar sus ingresos, por lo que no hay que perder de vista una posible subida del IVA desde el 19% actual hasta un 22%, por más que todos los candidatos hayan rechazado esta posibilidad durante las presidenciales.

Por otra parte, la subida de impuestos indirectos y de precio de los suministros está prevista para enero del 2010: alcohol, tabaco, fuel y gas. ¿Seguirán las centrales sindicales desconvocando las protestas como han

hecho en estos dos últimos meses a la espera de una mayor clarificación de la situación política? Difícilmente. Más bien es de esperar que se renueve la conflictividad y que ésta de rienda suelta a un rosario de peticiones de incrementos salariales.

El nuevo Presidente tendrá una dura tarea por delante. No solo deberá conseguir la investidura de su candidato, sino que deberá hacer frente a la crisis con medidas que le enfrentarán irremisiblemente con los interlocutores sociales y con un Parlamento ensimismado en sus propias contradicciones y cada vez más alejado de la realidad.